

place uno en dirigirla este cantar que su memoria recuerda y que se adapta bien con su pensamiento :

« ¡Espíritus encantadores y ligeros que en todo tiempo fuisteis la gracia y el honor de la tierra de Francia, que comenzasteis á nacer y á jugar desde las edades de hierro, al salir de los horrores salvajes; que erais el alma festiva de la velada casera y el gozo delicado de los palacios; que florecíais á menudo muy cerca de los tronos, disipabais el tedio en las pompas, dabais formas corteses á la victoria y volvíais presto á sonreiros al siguiente dia de los reveses; que habéis tomado muchas formas chanceras, burlescas, elegantes ó tiernas, fáciles siempre, y que jamas habéis dejado de renacer cuando se decia que habíais desaparecido! Las edades se hacen severas para nosotros; el *razonar se acredita* cada vez más; todo esparcimiento ha huido, pues hay hasta en nuestros placeres un encarnizamiento que les da la apariencia de negocios; la paz misma carece de tregua, tan ocupada está en lo útil, y hasta en los dias serenos, los recelos y cuidados preocupan á muchas almas : esta es la hora ó jamas del despertar, es la hora de sorprender otra vez más al mundo y de regocijarlo; en todos tiempos habéis sabido el modo de hacerlo, siempre diferente : ¡no abandonéis nunca la tierra de Francia, Espíritus encantadores y ligeros!

MARÍA ESTUARDO

« Pues bien, dígase lo que se quiera, muchos corazones nobles tomarán partido en pro de María Estuardo, aun cuando todo lo que se ha dicho de ella sea verdad. » Esta palabra que Walter Scott pone en boca de uno de los personajes de su novela (*el Abate*), en el momento en que dispone al lector á la introduccion cerca de la hermosa reina, es el último fallo, tanto de la posteridad como de los contemporáneos, la conclusion de la historia como de la poesía. Isabel triunfó en vida, y su política, despues de su muerte, triunfa y reina todavía, tanto que protestantísimo é Imperio británico no son más que una misma cosa. María Estuardo sucumbió en su persona y en la de sus descendientes; Carlos I en el patíbulo y Jacobo II en el destierro han continuado y acrecentado su herencia de faltas, imprudencias y calamidades : la raza entera ha sido suprimida y parece haber merecido serlo. Pero si fué vencida en el orden real y bajo el imperio del hecho ó aun del de la razon inexorable, la bella reina lo ha recobrado todo en el dominio de la imaginacion y de la piedad. En este terreno ha vuelto á encontrar de siglo en siglo caballeros, amadores y vengadores. Hace algunos años, un Ruso de distincion, el príncipe Alejandro Labanoff, se puso á buscar con celo incomparable, en los archivos

en las colecciones y los bibliotecas de Europa, todas las piezas que emanasen de María Estuardo, las más importantes como las más insignificantes de sus cartas, para reunir las y formar con ellas un cuerpo de historia, á la par que un relicario auténtico, convencido de que el interes, un interes serio y tierno, brotaria más poderoso del seno de la verdad misma. Con motivo de esta Recopilacion del principe Labanoff, M. Mignet hizo publicar, de 1847 á 1850, en el *Journal des Savants*, una serie de artículos en los cuales, no satisfecho con apreciar los documentos producidos, incluía por su parte nuevas piezas hasta entónces inéditas y traía nuevos indicios.

Desde entónces, dejando la forma de crítica y de disertacion, M. Mignet ha emprendido de nuevo este bello trabajo en su conjunto, y ha compuesto una relacion completa, grave, concisa, interesante y definitiva, que se está publicando en este momento (1).

En el intervalo, hace próximamente un año (1850), salió á luz una *Historia de María Estuardo*, por M. Dargaud, escritor de talento, cuyo libro ha sido muy encomiado y leído. M. Dargaud ha hecho á su modo muchas investigaciones concernientes á la heroína de su eleccion; ha ido ex profeso á Inglaterra y Escocia, y ha visitado como peregrino todos los lugares donde habitó María Estuardo, así como los que fueron teatro de sus diversas cautividades. Al aprovecharse abundantemente de los datos de sus antecesores, M. Dargaud les ha tributado justicia con efusion y cordialidad; en las menores líneas de su *Historia* ha dejado impreso el sentimiento de poesía y exaltada conmiseracion que excitan en él los recuerdos de la víctima real y católica; ha merecido por fin una bellissima carta que madama Sand le ha dirigido de Nohant (10 de abril de 1851), y en la cual le felicita criticándole apénas y hablando sobre todo de María Estuardo en tono embelesador y elocuente. Si no insisto, pues, más extensamente hoy sobre la obra de M. Dargaud, es porque, lo confieso francamente, no pertenezco á esa escuela que hasta tal grado hace de la historia asunto de ternura y sentimiento. No creo que esta ha de ser necesariamente tediosa y triste,

(1) Dos tomos en 8°; 1851.

pero aun opino ménos que deba ser hasta ese punto lastimera, sentimental y como magnética. Sin querer deprimir las calidades de M. Dargaud, que son muy del gusto del dia para que necesiten de ajena recomendacion, permitaseme que siga con preferencia á un historiador más severo, cuyo criterio y marcha me inspiran plena confianza.

María Estuardo, que nació el 8 de diciembre de 1542, seis dias ántes de la muerte de su padre, el cual, como todos los reyes sus antepasados, estaba en guerra con su turbulenta nobleza, comenzó en la orfandad su destino de inconstancia y desgracias. Desde iamisma cuna estuvo rodeada de agitaciones, « como si el Hado inhumano hubiera querido amamantarme de tristeza y afliccion », segun la hace decir un antiguo poeta en no sé qué tragedia. Coronada á la edad de nueve meses, ya se disputan su mano los partidos inglés y frances que se esforzaban por prevalecer en Escocia; pero merced á la influencia de su madre María de Guisa, hermana de los ilustres Guisas, presto fué concedida al delfin de Francia, hijo de Enrique II. El 13 de agosto de 1548, María Estuardo, que no habia cumplido aun seis años, desembarcó en Brest; desposada con el jóven delfin que llegó á ser Francisco II, y educada con los hijos de Enrique II de Catalina de Médicis, permaneció en Francia, ora como delfina, ora como reina, hasta la muerte tan prematura de su esposo, viviendo en todo como princesa francesa. Estos doce ó trece años de mansion en Francia fueron su delicia y su encanto, pero tambien el principio de su ruina.

Se acostumbró á esta vida en el seno de la corte mas culta, sábia y galante de entónces, donde brillaba en su flor naciente como una de las más raras y admiradas maravillas, sabiendo la música y todas las artes (*divinæ Palladis artes*), aprendiendo las lenguas de la antigüedad, sosteniendo tésis en latin, dando reglas retóricas en frances, disfrutando de la conversacion de sus poetas y compitiendo con su propia poesía. Durante todo este tiempo no le pareció la Escocia sino un país bárbaro y salvaje que esperaba no volver á ver ó al ménos no habitar jamas, pues se lisonjeaba de que podria siempre gobernarla por medio de su madre que ejercia alli la regencia. Enseñada á seguir una política

completamente cortesana y personal, la hicieron firmar en Fontainebleau, al efectuar su casamiento (1558), una donacion secreta de la Escocia á los reyes de Francia, y esto hácia el mismo tiempo en que se adheria públicamente á las condiciones que los comisarios llegados de Escocia ponian á dicho casamiento y en que les prometia conservar la integridad, las leyes y las libertades de su reino natal. En este mismo momento es cuando bajo mano hacia don del reino entero por un acto de beneplácito y plena autoridad. La Corte de Francia la enseñaba esta imprudente perfidia ya á los diez y seis años; pero otra imprudencia muy impolítica de que se hizo grande alarde, fué cuando Enrique II, á la merte de María Tudor, hizo que la delfina María Estuardo colocara las armas de Inglaterra al lado de las de Escocia, presentándola desde entónces como rival declarada y competidora de Isabel.

Cuando María Estuardo perdió repentinamente su marido (8 de diciembre de 1560), y viuda á los diez y ocho años, se decidió que en vez de permanecer gozando de su viudedad en Turena, regresaria á su reino de Escocia para poner remedio á las alteraciones civiles que se habian suscitado en él, hubo luto universal en Francia en el mundo de los jóvenes señores, de las nobles damas y de los poetas. Estos últimos han consignado su profundo pesar en muchos y muy sentidos versos, que nos pintan al vivo á María Estuardo en esta hora decisiva, la primera verdaderamente dolorosa de su vida. En ellos se la ve delicada, agraciada, de blancura deslumbradora, de estatura y talle de reina ó de diosa, y el mismo l'Hôpital habia dicho, á su modo, en un grave epitalamio:

*Adspectu veneranda, putes ut Numen inesse :
Tantus in ore decor, majestas regia tanta est!*

de mano larga, elegante y delgada (*gracilis*), de frente de alabastro y reluciente bajo su velo, con cabellos de oro que merecen una pequeña observacion. Un poeta (Ronsard) es quien ha hablado del oro de sus cabellos ensortijados y trenzados, y sabido es que

los poetas emplean las palabras con alguna vaguedad. Madama Sand, hablando de un retrato que la representaba en su infancia y que ella habia visto en el convento de las Inglesas, dice sin titubear: « María era bella, pero tenia el cabello rojo. » M. Dargaud habla de otro retrato en el cual « un rayo de sol ilumina, dice bastante singularmente, los bucles de sus cabellos vivos y eléctricos en la luz. » Pero Walter Scott, reputado como el más exacto de los novelistas históricos, al describirnos á María Estuardo prisionera en el castillo de Lochleven, nos muestra, como si las hubiera visto, las espesas trenzas de color castaño oscuro (*dark brown*) que se escapaban á veces por debajo de la cofia de la reina. Muy distantes estamos ya del color rojo, y no veo otro medio de conciliarlo todo que el atenernos á esos cabellos « tan hermosos, tan rubios y cenicientos » que admiraba Brantôme, testigo muy ocular; cabellos que la cautividad debía blanquear y que dejarán aparecer, á la hora de la muerte y en las manos del verdugo, á esa pobre reina de cuarenta y cinco años *enteramente cana*, como dice L'Estoile. Pero á los diez y nueve años y en el momento de su partida de Francia, la joven viuda tenia toda su esplendente belleza, ménos cierta animacion de tez que perdió al morir su primer marido y que fué reemplazada por una blancura mayor.

Con eso y una imaginacion viva, graciosa, festiva, la jocosidad francesa, un alma activa y susceptible de pasion, abierta al deseo, y un corazon que no sabia retroceder cuando lo animaba la fantasia ó la llama, se trasluce el encanto: tal era la reina arriesgada y poética que llorando y á duras penas salia de Francia, obedeciendo á sus tios políticos que la enviaban para que recuperara la autoridad en medio de la más ruda y salvaje de las Frondas.

Desde que María Estuardo habia salido niña de Escocia, se habian realizado en este reino grandes cambios: el principal era la Reforma religiosa que se habia arraigado y extendido en él con vigor. El gran reformador Knox predicaba la nueva doctrina que habia encontrado allí almas de temple enérgico y duro, muy predisuestas á re-

cibirla. La antigua lucha de los barones y magnates contra los reyes se complicaba y redoblaba ahora con la de las ciudades y el pueblo contra las brillantes creencias de la Corte y contra la jerarquía católica. El parto de la sociedad moderna, de la igualdad civil, del respeto á los derechos de todos, se efectuaba allí penosamente al traves de escenas bárbaras y aun por medio del fanatismo. Sola y sin guía ni consejo, en pugna con los magnates y la nobleza, como lo habian estado sus antepasados, María Estuardo, que era de genio pronto, móvil y cedía fácilmente á sus predilecciones ó antipatías, era ya por demas insuficiente: ¿Cómo no lo habia de ser, pues, hallándose ahora frente á frente de un partido religioso, nacido y engrosado durante los años recientes, frente á frente de un partido *razonador y sombrío, moral y audaz*, que discutia racionalmente y con la Biblia en la mano el derecho de los reyes y hacia cundir la lógica con el ruego? Ella que habia salido de una Corte literaria y artificial, nada sabia para poder comprender esos grandes y sordos movimientos de los pueblos y retardarlos ó convertirlos en propio beneficio acomodándose con ellos: « Regresaba, ha dicho M. Mignet, llena de pesares y disgustos, en medio de las montañas salvajes y de los habitantes incultos de la Escocia; más amable que hábil, muy ardiente y nada circunspecta, regresaba con una gracia que no estaba en su terreno, una hermosura peligrosa, una inteligencia viva, pero voluble, un alma generosa, pero arrebatada, el gusto de las artes, la afición á las aventuras, en suma, todas las pasiones de una mujer, unidas á a extremada libertad de una viuda. » En fin, para complicar aun más el peligro de esta situacion precaria, tenia por vecina en Inglaterra á una reina rival, á Isabel, á quien habia ofendido primero reivindicando su título y á quien no ofendia ménos por una superioridad femenina y encomiada de hermosura y gracia; una reina capaz, enérgica, rígida y disimulada, representante de la opinion religiosa contraria, y rodeada de consejeros hábiles, constantes y llenos de perseverancia, comprometidos en pro de la misma causa. Los siete años que María Estuardo pasó en Escocia desde su regreso de Francia

(19 de agosto de 1564) hasta su prision (18 de mayo de 1568), están llenos de todos los errores y todas las faltas que puede cometer una jóven princesa ligera, arrebatada, irreflexiva y que sólo tiene destreza y habilidad en lo concerniente á su pasión, pero nunca cuando se trata de un designio político general. La política de madama de Longueville, durante la Fronda, me parece de esa misma fuerza.

Por lo que respecta á las demas faltas, á las faltas morales de la pobre María Estuardo, son bien conocidas y están en el día tan demostradas como pueden serlo faltas de ese género. Madama Sand, muy indulgente con ella, considera que los tres lunares principales de esta reina son: el abandono de Chastellard, sus fingidas caricias al infortunado Darnley y el olvido de Bothwell.

Chastellard era, como es sabido, un caballero del Delfinado, músico, poeta y de la comitiva de los servidores y apasionados de la reina, la cual le distinguia al principio bastante. Chastellard habia formado parte de la tropa que escoltó á María cuando partió para Escocia, é incitado por la pasión, volvió á aquel reino algun tiempo despues; pero no supo dominarse y contenerse cual convenia, permaneciendo en los límites marcados á una llama poética, ínterin lograba, caso de serle posible, hacerla tambien compartir su amor verdadero. Dos veces se le encontró escondido debajo de la cama de la reina, y la segunda vez perdió esta la paciencia y lo puso en manos de la justicia del país. Al pobre Chastellard le cortaron la cabeza, y segun dicen, murió recitando un himno de Ronsard y exclamando en voz alta: « ¡Oh Dama cruel! » Despues de haber permitido un acto tan riguroso por miedo al escándalo y para poner su honor á salvo de todo ataque y sospecha, parece no quedaba otro recurso á María Estuardo, que vivir como la más recatada y virtuosa de las princesas.

Pero su severidad con Chastellard, por mucho asombro que cause, no era más que un pecadillo comparada con su conducta respecto de Darnley, su segundo marido. Al casarse con este jóven, vasallo suyo, pero del nombre de Estuardo y de su propia familia

(29 de julio de 1565), María eludía las diversas combinaciones políticas á que se procuraba atraerla por medio de un segundo casamiento, y quizás habria hecho en ello una cosa juiciosa, si no hubiese ejecutado ante todo un acto de capricho y de pasión. Pero se habia prendado de Darnley en un día y con la misma facilidad se disgustó de él. Este jóven alto y delicado, alternativamente tímido y vano, de corazón *blando como la cera*, nada poseía de lo que impone á una mujer y la subyuga. Á la mujer que, como María Estuardo, es vária, ardiente y arrebatada, estando penetrada de su flaqueza y abandono, le place encontrar su señor y por momentos su tirano en el que ella ama, al paso que presto desprecia en él á su esclavo y criatura, cuando no es más que eso; prefiere un brazo de hierro á una mano afeminada. Ménos de seis meses despues de su casamiento, María, hastiada ya, se consolaba con el Italiano David Riccio, hombre de más de treinta y dos años por entónces, igualmente idóneo para los negocios que para los placeres, el cual la aconsejaba y servia de secretario, y poseía ademas esa habilidad de músico tan propia para disimular y hacer valer cualquiera otra cerca de las damas. El débil Darnley manifestó sus celos á los lores y magnates descontentos, y estos, en pro de su política, le indujeron á la venganza y se ofrecieron á servirle con su espada. Los ministros y pastores presbiterianos intervinieron tambien en ello: todo fué tramado y preparado con capa de castigo celestial, con acuerdo infinito y, lo que más es, mediante actos y convenios formales que simulaban la legalidad. Antes que la reina y su favorito pudieran ni aun recelarse de ello, ya se hallaban prendidos en la red. David Riccio fué preso por los conjurados, una noche (9 de marzo de 1566) estando cenando en el gabinete de María y hallándose presente Darnley; sacado de allí hasta el cuarto contiguo, fué muerto á puñaladas. María hacia seis meses entónces que se hallaba en cinta de su marido; pero desde este dia, al verse así ultrajada y ulcerada en su honor y sus afecciones, concibió contra Darnley un aumento de desprecio mezclado de horror y juró vengarse de los ejecutores violentos del asesinato. Al efecto, esperó, disimuló, se dominó por

primera vez en su vida y refrenó sus impulsos: no llegó á ser política, como es propio de las mujeres apasionadas, sino en interes de su pasión misma y de su venganza.

Este es el punto más grave é irreparable de su vida. Aun cuando uno recuerde bien lo que por lo regular era la moral en el siglo xvi y las perfidias y atrocidades que toleraba, apénas está uno suficientemente preparado para tanto. María Estuardo anhelaba ante todo vengarse de los magnates que habian ayudado á Darnley más bien que de este mismo débil esposo. Para conseguir sus fines se reconcilió con este último y lo separó de los conjurados cómplices suyos; luego le obligó á reprobarnos y así acabó de envilecerle y arruinarle en su concepto. En lo que respecta á él, se contentó con esto hasta tanto que una nueva pasión hácia otro vino á unirse á este desprecio consumado. Parió en el entretanto (19 de junio) y le hizo padre de un hijo que debia heredar los defectos de entrambos y llamarse Jacobo I de Inglaterra, un alma de casuista en un rey. Pero ya ha germinado una nueva pasión en el corazón abierto de María Estuardo; el que elige esta vez no tiene ni la debilidad de Darnley, ni las gracias de salón de un Riccio: es el conde de Bothwell, de edad de treinta años, feo, pero de talante marcial, bizarro, atrevido, violento y capaz de cualquiera cosa. Á él es á quien se va á encadenar esta tierna y flexible voluntad como á su apoyo. María Estuardo ha encontrado ya su amo, á quien va á obedecer en todo sin escrúpulo ni remordimiento, como sucede en toda pasión desatinada.

¿Cómo desembarazarse de un marido insoportable y odioso ya? ¿Y cómo unirse á un hombre á quien ama y cuya ambición no es de tal índole que haya de detenerse á mitad de camino? Tambien aqui hace falta, no para excusar, sino para explicar á María Estuardo, que uno recuerde la moral del tiempo: algunos de aquellos mismos magnates que habian tomado parte en el asesinato de Riccio y se habian ligado de hecho y por escrito, no sólo se ofrecieron á ella, sino que, por volver á su gracia, la hicieron entrever el medio de desembarazarse de un esposo por demas enojoso. Por el pronto no respondió á

estas indicaciones sino hablando del divorcio y de la dificultad de obtenerlo; pero estos hombres poco escrupulosos, por boca de Lethington, el más astuto y político de entre ellos, le dijeron: « Señora, no os inquietéis por nada; aquí estamos los principales de la nobleza y del Consejo de Vuestra Gracia que sabremos bien hallar medio de libraros de él sin perjuicio alguno para vuestro hijo; y aunque milor Murray, que está aquí presente (*el hermano natural de María Estuardo*), sea algo ménos escrupuloso para protestante que lo es Vuestra Gracia para papista, estoy seguro de que mirará al traves de sus dedos, nos verá hacer y no dirá nada. » Ya estaba pronunciada la palabra y sólo se quería ahora que María, lo mismo que su hermano Murray, *mirara al traves de sus dedos*, segun la expresion vulgar, y dejara obrar sin mezclarse en nada. Sin embargo tuvo que intervenir; para atraer al lazo á Darnley que estaba convaleciente de las viruelas, fué menester que fingiera nueva ternura, y poco trabajo la costó disipar sus recelos y recobrar todo su imperio sobre él. Decidióle á que se trasladara en litera de Glasgow á Kirk-of-Field, especie de presbiterio situado á las puertas de Edimburgo, poco conveniente para recibir á un rey y á una reina, pero muy propio para el crimen que se quería cometer. Darnley pereció allí ahorcado con su paje en la noche del 9 de febrero de 1567. Luego se hizo volar la casa con un barril de pólvora que se habia introducido en ella para hacer creer en un accidente. Durante este tiempo, María habia ido á un baile de máscaras al palacio de Holyrood; no se habia separado del rey su consorte sino ya de noche y cuando todo quedaba preparado. Bothwell, que habia asistido algun tiempo al baile de Holyrood, salió de Edimburgo despues de média noche y dirigió todas las operaciones del crimen. Estas circunstancias están probadas ya de una manera irrefragable, tanto por las deposiciones de los testigos y las confesiones de los actores, cuanto por las propias cartas de María Estuardo, cuya autenticidad pone fuera de duda M. Mignet en una aclaracion final. Bien conocia ella que cediendo hasta ese punto á los proyectos de Bothwell, no sólo le suministraba armas contra sí misma, sino que

le daba motivo para desconfiar á su vez, pues podia decirse, como más tarde Norfolk, que *la almohada de tal mujer era poco segura* para quedarse dormido. En los preparativos de esta horrible asechanza, más de una vez le manifiesta ella lo mucho que la repugna engañar á ese pobre y crédulo enfermo que se fiaba de ella: « Nunca podrá quitárseme la tristeza que me causa el engañar al que confia en mí, decia ella; no obstante, podéis mandarme en todo. No concibáis de mí ninguna opinion siniestra, puesto que vos mismo sois la causa de eso, porque jamas lo haria yo contra él por mi venganza particular. » En efecto, este papel de Clitemnestra, ó de Gertrúdis en *Hamlet*, no era natural en ella y era preciso que le fuera impuesto; pero esta vez la pasion la hacia insensible á la piedad y ponía (ella es quien lo confiesa) su corazon *duro como el diamante*. Presto llevó al colmo María Estuardo su pasion desordenada y su deseo casándose con ese mismo Bothwell y sublevando contra ella al pueblo entero, cuya moralidad, aun fanatizado como estaba, no se depravaba al ménos y tenia más rectitud que la de los señores.

El crimen tuvo eco al otro lado de los mares: L'Hôpital, ese representante de la conciencia humana en un siglo horrendo, supo en el retiro de su casa de campo el extravío de aquella cuyo primer casamiento y primera gracia habia celebrado; consagró su indignacion por una nueva pieza de versos latinos, en la cual refiere los horrores de esta noche fúnebre, y no vacila en designar á la esposa y jóven madre como matadora, ¡ay! del padre de su hijo que aun está amamantando.

El 15 de mayo, tres meses, nada más que tres meses despues del crimen, apenas luce el primer rayo del sol de la primavera, se celebraba el casamiento con el asesino. María Estuardo justificaba en todo el dicho de Shakespeare: « ¡Fragilidad, tu nombre es Mujer! » Y nadie fué más mujer que María Estuardo.

Aquí no puedo admitir el tercer reproche de Madama Sand, que se dirige al olvido de María Estuardo respecto de Bothwell: veo al contrario en las contrariedades y peligros que siguieron inmediatamente á este último casamiento, que la idea única que preocupa á María es

no estar separada de este esposo iracundo y dominante. Le ama tan locamente (abril de 1567) que decia á quien queria escucharla « que abandonaria la Francia, la Inglaterra y su propio país y le seguiria al cabo del mundo *vestida con un zagalejo blanco*, ántes que separarse de él. » Y poco tiempo despues, obligada por los lores á vivir apartada de Bothwell, y reprochándosele amargamente, no pedia más que una cosa, « que se les pusiera á los dos en un buque para enviarlos adónde la suerte los condujera. » So'amente el alejamiento, la prision final y la imposibilidad de toda comunicacion acarrearón forzosamente la ruptura. Verdad es que estando María prisionera en Inglaterra, solicitó de los Estados de Escocia la anulacion de su matrimonio con Bothwell, esperando poderse casar con el duque de Norfolk, á quien por lo demas nunca le vió siquiera. Pero, una vez que Bothwell se hallaba fugitivo y anonadado, ¿podria acusarse á María Estuardo por haber concebido un proyecto de que esperaba su restauracion y libertad? Su pasion hácia Bothwell habia sido un frenesí y fué llevada hasta la complicidad en el crimen; pero, calmada esta fiebre, María Estuardo volvió los ojos hácia los recursos que se ofrecian y entre los cuales estaba la promesa de su mano. No está ahí su falta, y en medio de tantas infidelidades y horrores, sería apurar demasiado la delicadeza si se reclamase la perpetuidad del sentimiento para esos restos de una pasion desenfrenada y sangrienta; lo que se debe á semejantes pasiones y lo que más les conviene tambien, si es que no dejan tras de sí el odio, es el olvido.

Tal conducta y tales actos, que fueron coronados por su fuga inconsiderada á Inglaterra y por la imprudente entrega de su persona en manos de Isabel, no parecen muy propios para hacer de María Estuardo la tierna y patética heroína que estamos acostumbrados á querer y admirar. Y sin embargo merece toda esa conmiseracion; para concedérsela insensiblemente, basta seguirla en la tercera y última parte de su vida, durante esa larga, injusta y dolorosa cautividad de diez y nueve años (18 de mayo de 1568 — 5 de febrero de 1587). En lucha, sin defensa, con una rival cautelosa y ambiciosa, expuesta á todas las consecuencias de los sucesos exteriores, víctima

de una política codiciosa y tenaz que no suelta por nada su presa y que emplea tan largo tiempo en atormentarla sin devorarla, no flaquea un solo instante, se rehabilita. Esa facultad de esperanza, que tantas veces la ha engañado, viene á ser aquí para ella una gracia de estado y una virtud. Conmueve al mundo entero en pro de su infortunio y lo subleva por medio de un encanto poderoso. Su causa se engrandece y se transforma. No es ya la mujer apasionada y voluble, castigada por sus fragilidades é inconstancias, sino la heredera legítima de la corona de Inglaterra, expuesta en su torreón á las miradas del mundo, una católica fiel, incontrastable, que rehusa sacrificar su fe por satisfacer su ambicion ni aun por salvar su vida. La belleza y grandeza de este papel eran muy propias para cautivar el alma tierna y naturalmente creyente de María Estuardo. Penetrándose bien de él, lo sustituye desde el primer instante á todos sus antiguos sentimientos personales que paulatinamente se extinguen y se calman en ella con las ocasiones fugaces que los habian suscitado. No parece que conserva más recuerdo de ellos que del ruido de las olas y de la espuma en esos lagos brillantes por donde ha cruzado. Durante diez y nueve años toda la Catolicidad se agita y apasiona por ella, y ella está allí, medio heroína y medio mártir, haciendo la señal y agitando su bandera al traves de las rejas. Cautiva, no la acuséis porque conspire contra Isabel, pues, en sus ideas de derecho divino y de soberania absoluta, de reina á reina, aunque una de ellas fuera prisionera de la otra, no es conspirar el procurar el triunfo de su causa, sino meramente proseguir la guerra. Por otra parte, desde el momento en que María Estuardo se halla prisionera y se la ve abrumada, privada de todo lo que consuela, achacosa, ¡ay! y ya canosa ántes de la edad; cuando se la oye en la más larga y notable de sus cartas á Isabel (8 de noviembre de 1582) repetirle por vigésima vez: « Vuestra prision, sin ningun derecho ni justo fundamento, ha destruido ya mi cuerpo, cuyo fin veréis presto si continúa en ella un poco más, y no tendrán mis enemigos mucho tiempo para saciar su crueldad en mí: no me queda más que el alma, pero no tenéis poder

para cautivar á esta »; cuando se ha oído esta mezcla de altivez y de lamento, prevalece la conmiseración hácia ella, pues ha hablado el corazón; ese dulce prestigio de que estaba dotada y que influía en todos los que se la acercaban, se sobrepone y obra en nosotros de lejos. No se la juzga ni con el texto de un escribano, ni aun con la razón de un estadista, sino con el corazón de caballero, ó mejor dicho de hombre. La humanidad, la compasión, la religión, la gracia poética suprema, todas esas potencias invencibles é inmortales se sienten interesadas en su persona y gritan en su favor al través de las edades. « Lleva estas noticias, decía al viejo Melvil en el momento de morir, que muero firme en mi religión, verdadera Católica, verdadera Escocesa y verdadera Francesa. » Todas las creencias, todos los patriotismos y nacionalidades invocados aquí por María Estuardo, la han formado un largo eco y la han respondido con lágrimas y amor.

¿Qué se ha de reprochar además á la que, después de diez y nueve años de suplicio y tormento moral, en la noche que precedió á su muerte buscó en la Vida de los Santos, que sus camaristas tenían costumbre de leerla, un gran culpable á quien Dios hubiese perdonado? Fijóse en la tierna historia del *buen Ladron*, que le pareció era el ejemplo más seguro de la confianza humana y de la clemencia divina, é hizo que Juana Kennedy (una de sus camaristas) se la leyese: « Gran pecador era, dijo, pero no tan grande como yo; suplico á Nuestro Señor, en memoria de su Pasión, se acuerde y tenga misericordia de mí como tuvo de él en la hora de su muerte. » Estos sentimientos verdaderos y sinceros, esta humildad contrita de sus últimos y sublimes momentos, esta inteligencia y esta profunda necesidad de perdon, ya no dejan medio de ver en ella ninguna mancha del pasado sino con ojos arrasados en lágrimas.

El anciano Estéban Pasquier era de este sentir. Teniendo que referir en sus *Investigaciones* la muerte de María Estuardo, la opone á la trágica historia del condestable de Saint-Pol y á la del condestable de Borbon, quienes le han dejado una mezcla de sentimientos contrarios: « Pero en la que narra ahora, dice, parece no hay más

que lloros, y por acaso se encontrará hombre que, leyendo, no perdonará á sus ojos. »

M. Mignet, que ha tenido que examinar todas estas cosas como historiador y sin conceder á la emoción más que breves pasajes, ha expuesto y desenmarañado muy bien las diferentes fases de esta cautividad de María Estuardo y los resortes que estuvieron en juego en los diversos momentos: ha ilustrado particularmente con nueva luz, valiéndose de los documentos españoles archivados en Simancas, los preparativos tan lentos de la empresa intentada por Felipe II, de esa cruzada infructuosa y tardía que no se decidió hasta después de la muerte de María Estuardo y que tuvo por resultado el naufragio fastuoso de la *Invencible Armada*.

Al salir, no obstante, de este brillante y tormentoso episodio de la historia del siglo xvi, que tan enérgica y juiciosamente acaba de sernos referido; con la memoria enteramente llena todavía de esos tiempos de violencias, traiciones é iniquidades, y sin tener la inocencia de creer que en la humanidad no se han de repetir ya jamás tales actos, se congratula y regocija uno, á pesar de todo, de vivir en edades de moral pública mejorada y más apacible; exclama uno con el señor de Tavannes, cuando en sus Memorias acaba de contar esa vida y esa muerte de María Estuardo: « ¡Feliz quien vive en un Estado seguro, donde el bien y el mal son renumerados y castigados según los méritos!... » ¡Dichosos también los tiempos y las sociedades donde cierta moral general y un respeto humano de la opinión, donde el Código penal también, pero sobre todo la continua investigación de la publicidad, prohíben aun á los más atrevidos esas criminales resoluciones que cada corazón, si se le deja entregado á sí mismo, está siempre propenso á engendrar!